

CAPÍTULO VII

EL TIEMPO DE LA PLENITUD

EL PRINCIPIO DE GENERACIÓN



La generación está en todo;

todo tiene sus aspectos masculinos y femeninos;

la generación se manifiesta en todos los planos.

– El Kybalion

En Dziennik 1954, Leopold Tyrmand evoca una noche de baile en Varsovia. El narrador, agotado y a la defensiva, encuentra en Bogna compañía y apoyo, pero también interpreta sus gestos como una mezcla de afecto y cálculo. La admiración que ella despierta alimenta su propia vanidad. Al despedirse, la cercanía convive con la voluntad de poner fin a la relación. La escena deja abiertas preguntas sobre el deseo, el cuidado y lo que creemos ver en el otro: habla de una relación concreta, mirada por ese narrador, no de una ley sobre mujeres y hombres.⁵⁰¹

– ● –

El último de los grandes principios herméticos, que cierra esta narración esotérica sobre el funcionamiento del universo, describe el otro polo de la creación: la capacidad de renacer y renovarse mediante la unión de aspectos masculinos y femeninos. Terminaremos nuestro viaje con El Kybalion recorriendo el Tiempo de la Plenitud, dedicado al séptimo principio, el de generación, también llamado principio de género. Dice así:

La generación está en todo;

todo tiene sus aspectos masculinos y femeninos;

la generación se manifiesta en todos los planos.

En su lenguaje simbólico, este principio afirma que cuanto existe contiene aspectos masculinos y femeninos.

A primera vista podría parecer innecesario: otros principios ya hablaban de la naturaleza dual de la realidad, como el de correspondencia, el de polaridad o el de ritmo. ¿Para qué añadir uno más? ¿No complica el conjunto y, de algún modo, lo trivializa al reducir la creación al sexo? ¿Es el principio más bajo, el que muestra un orden superior en los detalles de la fisiología? ¿O corona la escalera de reglas que rigen la existencia? ¿Se encuentra arriba o abajo en esa jerarquía?

¿O quizá en algún punto intermedio?

Podemos verlo como un cierre especialmente elegante del razonamiento hermético: señala a la vez el resultado final y la primera causa de la creación. Nos invita a pensar la esencia del proceso creador, del que la reproducción biológica es solo una pequeña parte. Habla de la tenacidad de existir, de la capacidad de perdurar y transformarse, reproducirse y regenerarse.

Ofrece así una respuesta filosófica a la célebre pregunta de Leibniz: «¿Por qué hay algo en lugar de nada?». Y permite volver a leer los otros tres principios del cambio: polaridad, ritmo y causalidad. No resuelve científicamente el origen de la existencia; propone una manera de contemplarlo.

Al explorarlo podemos sentir que visitamos el interior de la Mente Universal: recorremos los senderos de sus sueños mientras observamos en unas pantallas el propio proceso de soñar y crear. Espero que lo que encontremos resulte algo menos enrevesado que las relaciones entre mujeres y hombres tal como las cuenta Tyrmand.

DOS GRANDES FUERZAS

Lo que aquí llamamos aspecto femenino y masculino representa dos grandes fuerzas arquetípicas cuya presencia el ser humano ha creído percibir en sí mismo y a su alrededor. En esta imagen, su interacción engendra y sostiene los seres, y también participa en su desaparición: todo lo que empieza encuentra un final. Son figuras para pensar la creación y la transformación, no dos fuerzas físicas identificadas experimentalmente.

El vocabulario de este principio remite al latín *genus*, género o clase, y *generare*, engendrar o producir. De ahí nuestra elección de generación: el sexo es solo una de las manifestaciones que la tradición asocia con esa potencia creadora. Lo que se intenta expresar es una tensión entre actividad y receptividad, idea y materia, espíritu y forma tangible.

Disponemos de muchas palabras para hablar de esas relaciones. Las encontramos en los ciclos de estrellas, plantas y animales; en las obras de arte y su elaboración; en el interior del átomo y del cerebro, en los símbolos, los sueños y el cuerpo. Hablamos de nacimiento y muerte, luz y oscuridad, cargas eléctricas positivas y negativas, vigilia y sueño, percepción e intuición, pensamiento y sentimiento. Pero no todas esas parejas describen el mismo fenómeno: la materia oscura y la energía oscura, por ejemplo, no son cargas positivas y negativas de una misma sustancia. La mirada hermética enlaza imágenes; la física necesita distinguir sus conceptos.

El séptimo principio nos propone leer esas y otras diferencias como manifestaciones simbólicas de dos arquetipos creadores.

EL ENIGMA DE CREAR

El principio de generación señala el camino que seguiremos por el Tiempo de la Plenitud.

Su carácter temporal procede de lo que describe: un proceso continuo en el que de la diferencia surge una forma de armonía. En la danza de los contrarios, cada ser —de una estrella a una bacteria— puede imaginarse como una totalidad que reúne aspectos distintos: calor y frío, organización y materia, principio abstracto y forma tangible. La comparación no convierte a una estrella o a una bacteria en seres con sexo humano. En las estrellas interviene el equilibrio entre gravedad y presión; en los núcleos atómicos, la interacción nuclear fuerte es esencial y no basta hablar de diferencias de potencial eléctrico. La materia oscura y la energía oscura tienen papeles distintos en los modelos cosmológicos. Los organismos, por su parte, se reproducen en condiciones ambientales cambiantes. Son procesos diferentes que la lectura hermética reúne bajo una imagen de relación y creación.

En la escala cósmica de esa interpretación, lo femenino simboliza el espacio-tiempo y la materia y energía que lo llenan; lo masculino, las leyes y reglas que describen su funcionamiento, aquello que el hermetismo llama Logos. En la escala terrestre, la tradición ha asociado lo femenino con receptividad, oscuridad, frío, tierra, agua, alma y cuerpo; lo masculino, con actividad, luz, calor, fuego, aire, espíritu y mente. Son correspondencias simbólicas, no propiedades obligatorias de las personas. Los dos aspectos se atraen y se oponen como si quisieran unirse sin perder su singularidad. Reconocemos algo de esa tensión en nuestras propias relaciones.

Desde esta perspectiva, crear nace de una separación: una Unidad primordial se divide y busca reunirse a través de nuevas formas. Entre ambos